

Disney  
TIM BURTON  
EL EXTRAÑO MUNDO DE JACK

# LARGA VIDA A LA REINA DE HALLOWEEN

*LONG LIVE THE PUMPKIN QUEEN*

*bestseller de The New York Times*

SHEA ERNSHAW



Planeta

TIM BURTON'S  
NIGHTMARE BEFORE CHRISTMAS

LARGA VIDA A  
LA REINA DE  
HALLOWEEN

SHEA ERNSHAW

# PRÓLOGO

A la media noche, fresca y oscura, Jack y yo nos casamos en la cima de la colina Espiral, en el cementerio de las Puertas de la Muerte. El viento mece las hojas secas como huesos y Jack toma mis suaves manos de muñeca de trapo entre las suyas. El frío de sus dedos calma el aleteo que me recorre las costuras.

El Alcalde está parado frente a nosotros, inflando el amplio pecho mientras oficia la ceremonia y alterna la expresión de júbilo en sus ojos en espiral con las lágrimas pálidas y cadavéricas al oír nuestros votos, recitados según la triste costumbre de

los antiguos panegíricos nupciales. En el cielo se ve la luna de un color rojo sangre –un buen augurio–, y yo, tras la oreja izquierda, tengo prendida una adelfa marchita. La corté de una mata de hiedra venenosa a las afueras de Halloween; es una costumbre que me asegura una vida larga y terrorífica.

Aprieto con fuerza las manos de Jack. Las colas de su frac negro se mecen con el frío aire nocturno, mientras que mi vestido, confeccionado a partir de un retazo de encaje negro de solterona –que yo misma cosí anoche– ondea como un fantasma con la brisa. Miro con cuidado hacia el público, donde puedo sentir los ojos fríos y rencorosos del doctor Finkelstein en la primera fila. Le tiemblan los labios de furia al ver que logré escaparme de una vez por todas.

«Ya no soy tu creación», pienso con palabras urdidas en mi pecho.

Me cuesta imaginar que apenas hace un año tenía miedo de pasar el resto de mi vida atrapada en su laboratorio, condenada a ver a Jack solo de lejos, amándolo a la distancia, pero segura de que él nunca se enteraría del dolor que yo sentía cada vez que me miraba. Sin embargo, cuando Jack trató

de robarle la Navidad a Santa Atroz, cuando casi muere al adentrarse en el mundo de los humanos para entregar nuestros tristes regalos en Nochebuena, con Zero a la cabeza de su trineo de renos esqueléticos –un plan que desde un principio presentí que estaba condenado al fracaso–, supe que no podía vivir sin él.

Y también que no desperdiciaría ni una noche más.

Bajo el cielo oscuro salpicado de nieve, Jack y yo caminamos hacia el cementerio. Sus ojos huecos como lunas nuevas se hundieron en los míos. Y por fin, luego de una vida de amarlo a la distancia –con el corazón de trapo estrujado por preguntarme cómo se sentiría que correspondiera a mi amor–, nos dimos nuestro primer beso en la cima de la colina Espiral.

El mismo lugar en el que estamos ahora... tomados de las manos.

El Alcalde gira la cara para revelar su amplia y dientuda sonrisa; su corbatín de viuda negra brilla de una manera escalofriante bajo la luna, y en ese momento anuncia, con una voz que retumba sobre el público, que Jack y yo somos marido y mujer.

Jack se inclina hacia mí con humedad en las comisuras de los ojos y presiona su boca fría como tumba

contra la mía... y siento que las costuras se me van a deshilar y reventar, que no van a poder contener este sentimiento que se hincha, que me infla el pecho y me desgarrar. La sensación es tan rara y desconocida, y tan peculiar, que me marear. Me sacude la cabeza y hace que sienta las piernas temblorosas.

Jack y yo estamos casados.

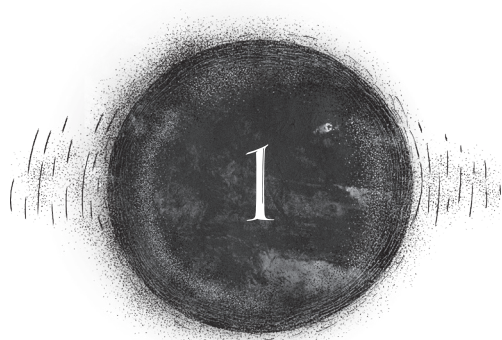
Me limpia la lágrima que escurre hacia la barbilla por la mejilla de algodón y me mira como si también se le fuera a partir el pecho. Y, por un instante, estoy segura de que deberían enterrarnos ahí, en el centro del panteón. Casados y muertos el mismo día, incapaces de contener la inenarrable, la imponente, la asombrosa emoción que se agolpa en nuestros párpados.

Los horrendos habitantes de Halloween aplauden y nos lanzan arañas enanas a los pies mientras salimos del cementerio. El calor en mi corazón se siente como si hubiera una familia de murciélagos clamando por salir de mis costillas. Tratando de desgarrarme.

Ahora soy Sally Esqueleton.

La Reina Calabaza.

Y estoy segura de que nunca volveré a ser tan feliz como lo soy ahora.



El cielo nocturno de Halloween está lleno de puntitos de luz estelar y en la plaza del pueblo se ven brillar las calabazas de un siniestro color naranja cobrizo. Desde la casa de Jack en la cima de la colina Calavera, la aldea se ve distinta: está cubierta de sombras largas como dedos. El aire también huele distinto, a regaliz negro y alas de cuervo, y un poco a mermelada de calabaza, no se parece nada al olor fétido del cloruro de sodio y el alcohol de boticario que inunda todo el laboratorio del doctor Finkelstein, un sitio que alguna vez fue mi hogar, pero también mi cárcel.

Su recuerdo se agita en mi interior, entrelazado con una sensación de fuerte alivio porque nunca volveré a poner un pie en ese observatorio gélido. Nunca más estaré despierta en una cama angosta y carcomida por polillas, mirando la casa de Jack a lo lejos por la diminuta ventana, soñando con vivir entre sus muros algún día.

Me siento como en un cuento de hadas sacado de esos libros con final feliz, esos donde la princesa irrumpe en el castillo, mata a un dragón-trasgo y se queda con el reino. Solo que yo no tengo cabellera dorada ni huesos finos. Ni siquiera tengo huesos.

Soy una muñeca de trapo que despertó de un sueño imposible, se casó con el rey esqueleto y descubrió que estaba en su propio relato heroico, uno cuyo final aún no se ha escrito, que apenas está comenzando.

Me alejo de la terraza que da al pueblo y entro a la recámara que ahora comparto con Jack. Parada frente al espejo quebrado como tela de araña que está apoyado contra la pared chueca, me paso los dedos por el pelo y me lo pongo frente al hombro. Mis mechones escarlata están tiesos como féretro, tanto que nunca podría peinarlo con rizos ni adornarlo con moños de murciélago. Presiono las palmas



## CAPÍTULO UNO

contra mi vestido de retazos y observo mi reflejo: las costuras que me cruzan el pecho, las que me forman una sonrisa en las comisuras de los labios, los lugares donde el doctor Finkelstein me cosió para darme forma. Aguja e hilo y siniestros conjuros de medianoche.

Soy su creación, forjada en las sombras oscuras y húmedas de su laboratorio.

Una hoja seca se asoma por la costura que me recorre el interior del codo izquierdo –se me sale el relleno– y la vuelvo a meter rápido. Tengo que volverme a coser los hilos, recoger hojas y rellenarme de nuevo.

–¿Lista? –pregunta Jack.

Me doy vuelta y lo veo parado en el umbral de la puerta, con una maleta de terciopelo negro. Los fosos sin fondo de sus ojos son tumbas en las que caería feliz por siempre, sin tocar nunca el final. Una araña se escapa de la maleta –un recuerdo de la boda– y corretea por el asa antes de caer al piso y meterse por una grieta. Yo quería recoger hierbas del huerto –belladona y estramonio– para llevárnoslas, por las dudas, pero Jack me aseguró que no iba a necesitar nada parecido en nuestra luna de miel.

«Las pociones y los venenos no son necesarios fuera de Halloween», dijo. No tendría necesidad de envenenar a nadie ni de hundirlo en un sueño mortal.

Pero me cuesta trabajo imaginar un mundo donde no se necesiten tales cosas.

Me giro para sonreírle –las costuras de mis mejillas se estiran al máximo– y le pongo la mano en los huesos fornidos del brazo. Mi esposo. El hombre al que he amado durante tanto tiempo y de una manera tan intensa que sentía que me iba a desgarrar. Salimos juntos al crepúsculo fresco de Halloween.

Al llegar a la puerta principal de nuestra casa, vigilada por dos gatos de hierro con la columna erizada, Jack abre el portón para enfrentarse a la muchedumbre que nos está esperando –ansiosa por atisbar al rey y la reina recién casados– y carraspea antes de empezar a hablar.

–Mi esposa Sally y yo nos vamos de luna de miel –anuncia sonriendo con todos sus dientes con forma de granos de maíz–. Volvemos mañana. Si pasa algo, el Alcalde está a cargo.

El Alcalde, que está parado junto a uno de los gatos de metal con grandes colmillos, sacude los hom-

bros mientras gira y revela la curva hacia abajo de su boca torcida y la preocupación profunda en sus ojillos.

—¿Crees que sea buena idea, Jack? —pregunta nervioso—. Tal vez alguien más debería estar a cargo. O tal vez deberíamos elegir un comité. No estoy seguro de poder tomar decisiones si surge algún asunto importante. O tal vez deberían posponer la luna de miel hasta después de Halloween. Solo faltan dos semanas —le recuerda a Jack—. La primavera es una temporada perfecta para viajar o, mejor aún, no se vayan de luna de miel y ya.

—Lo va a hacer muy bien —le dice Jack dándole una palmadita en el hombro.

El Alcalde revela su cara sonriente por un instante, como si por una fracción de segundo se creyera capaz de cumplir con su función, pero luego sus rasgos vuelven a cambiar: tiene los labios de un azul lóbrego y los ojos aterrados, rodeados de preocupación.

Pero Jack no se inmuta ante la aprensión del Alcalde —no es nada nuevo— y nos abrimos paso entre la multitud. Jack estrecha manos y acepta las felicitaciones de la gente del pueblo, que se acerca mucho, demasiado, apretujándose contra nosotros,

con las manos estiradas para despedirse. Pero yo me retraigo; siento los ojos de todo mundo sobre mí como si fueran puñaladas espinosas que me desgarran la piel de lino. No estoy acostumbrada a recibir tanta atención; la blancura de los ojos de los mirones hace que parezcan fantasmas ahuecados que se asoman a mi alma vacía, juzgándome, evaluándome. «Sally la muñeca de trapo, nuestra Reina Calabaza». Un pensamiento me corroe: tal vez crean que no soy digna del título. «Una muñeca de trapo nunca debería ser reina». Una muñeca de trapo debería volver a las tinieblas del laboratorio del doctor Finkelstein, frío y aislado, para estar sola.

Me miran como si quisieran comerme entera.

Algunos tal vez sean capaces de hacerlo.

Pero entonces atisbo un destello blanco a mi izquierda y aparece Zero, abriéndose paso entre los mirones para tocarme el codo con su nariz refulgente, y le acaricio el pelaje fantasmal; su pelambre se siente suave y transparente; le cuelgan las orejas. La tensión en mi pecho se acalla y Zero me dedica una sonrisa perruna, amplia y holgada. Para él soy la misma de ayer, la misma de antes de que me casara con Jack, antes de convertirme en reina.

## CAPÍTULO UNO

Con Zero flotando a mi lado, sigo a Jack por la plaza esquivando a los últimos miembros de la muchedumbre, justo cuando Lock, Shock y Barrel —quienes también son tristemente conocidos como los Chicos de Oogie Boogie— me gritan:

—¡Te vamos a extrañar, Reina Calabaza!

Se quitaron sus disfraces para pedir dulces y están con sus rostros verdaderos al aire —lo cual me desconcierta, porque son idénticos a sus máscaras—, y sonríen como los chiquillos que son. Sin embargo, tras sus ojos relucientes se alcanza a ver un matiz astuto y artero que revela que no son de fiar. Pero no son sus sonrisas ni sus risitas taimadas lo que me da un escalofrío que me recorre las costuras desiguales de la espalda, sino que me dijeron: «Reina Calabaza».

Es la primera vez que lo oigo en voz alta, y me retumba en los oídos hasta que nos adentramos en lo profundo del bosque, en las Tierras Remotas, hasta llegar al círculo de siete árboles.



—¿En serio es seguro? —le pregunto a Jack.

Veo que tiene la cara ajada por las sombras de las imponentes y espinosas ramas que se ciernen sobre

nosotros. No hubo viento durante nuestro trayecto por el bosque; sin embargo, ahora los árboles se estremecen y vibran, invitándonos a acercarnos.

Estamos en el círculo de siete árboles que llevan a las siete fiestas, donde el año pasado Jack se infiltró en la Aldea de Navidad para secuestrar a Santa Atroz.

Yo nunca he salido de Halloween, nunca me he aventurado fuera de sus fronteras, y miro a mi alrededor casi sin aliento, maravillada ante cada árbol tallado, cada uno con su puerta peculiar.

Un trébol verde de cuatro hojas adorna el árbol del Día de San Patricio; un fuego artificial rojo el del Día de la Independencia; un pavo gigante marca la entrada al Día de Acción de Gracias; un huevo color pastel el de la Pascua; un árbol de Navidad con esferitas y lucecitas lleva a la Aldea de Navidad y, por último, una calabaza sonriente trae a nuestro hogar: Halloween.

Después de un momento, Jack se acerca al árbol con una puerta que tiene tallado en el centro un perfecto corazón, pintado de un rosa empalagoso, y lo toca con el dedo. Entonces se da cuenta de que cerca del tronco alguien puso una caja de rayas rosas y blancas.

## CAPÍTULO UNO

—Claro —contesta, y se nota que está muy emocionado. Él ya fue a todas las fiestas, a todas las aldeas, excepto a esa. Estaba guardando ese árbol para mí—. Me imagino que la Aldea de San Valentín será más asombrosa que todas las demás. Y ahora la veremos juntos.

Me da un beso en el dorso de la mano y sus ojos se posan en los míos, luego abre de un tirón la puerta en forma de corazón que está acunada en el tronco del árbol. Un viento suave y cálido surge desde el interior, con un leve aroma a galletas azucaradas y flores silvestres.

Nunca había olido nada tan maravilloso.

De todos modos me siento nerviosa y le doy vuelta al anillo blanco de matrimonio que tengo en el dedo, mientras recorro con los ojos las hiedras letales de belladona que tiene grabadas en el borde exterior: una planta que simboliza mi libertad y lo que hice para escapar del doctor Finkelstein, al que envenené lentamente con belladona del huerto. «Ahora eres libre», me recuerdo, aunque siento en el pecho un zumbido de curiosidad y en el estómago el aleteo de cuervos nerviosos.

Pero cuando alzo la mirada hacia Jack, sus ojos de luna nueva aplacan a los cuervos inquietos y hacen que remonten las comisuras de mi boca.

—Confío en ti —le digo, porque es cierto—, más que en nadie en el mundo.

Jack asiente, da un paso con sus piernas largas y arácnidas hacia el interior del árbol y tira de mí tras él.